

que el diámetro del cuello de una botella y lo introdujo en la calabaza.

—El tapon, dijo.

—No sé dónde ha ido á parar, contestó Capgaroupe.

—Aquí teneis un cabo de járcia, repuso Jacó Quatourze.

El doctor le hizo servir de tapon de la calabaza y exclamó:

—Traedme alquitran.

Galdeazun, apoyando un apagador de estopa sobre la granada brulote, que se extinguía, la descolgó del estrave y se la trajo al doctor medio llena de alquitran hirviendo.

—Esto es hecho, dijo el anciano calvo,

De todos los labios salió vagamente tartamudeado en todas las lenguas el murmullo lúgubre de las catacumbas:

—Así sea!

—*Mea culpa!*

—*Ansi soit-il.*

—*Aro rai!* (1)

—Amén.

Parecía que se oían dispersarse en las tinieblas las sombrías voces de la torre de Babel, rechazadas por la cólera celeste.

El doctor volvió las espaldas á sus compañeros de crimen y de agonía y dió algunos pasos hácia las costillas del buque; al llegar al borde de éste, miró al infinito y exclamó con profundo acento:

—*Bist du bei mir?* (2)

Probablemente hablaba á algun espectro. Los restos de la urca se hundían.

Como el doctor, los otros náufragos pensaban en su salvacion eterna. La oracion tiene gran fuerza; estaban arrodillados y habia algo de involuntario en su contricion. Se encorvaban, como se dobla una vela cuando el viento le falta, y este grupo esquivo adquiria poco á poco, por la juncion de las manos y por el abatimiento de las frentes, la actitud, diversa, pero desesperada, de no tener completa confianza en Dios. No sé qué venerable reflejo, salido del abismo, se bosquejaba en sus malvados rostros.

El doctor se acercó á ellos. Cualquiera que fuese su pasado, era valiente en presencia del sacrificio. La vaga reticencia de lo que le rodeaba le preocupaba sin desconcertarle. Sentía en él el horror tranquilo y la majestad de la comprension de Dios se pintaba en su fisonomía. Contempló un momento el infinito y el mar y dijo:

(1) Patois romano.

(2) Estás cerca de mí?

—Ahora vamos á morir.

Después tomó la antorcha que sostenía aun Ave-María y la sacudió; luego la arrojó á las olas.

Apagada la antorcha, se quedaron sin claridad ninguna; no hubo ya para ellos más que la inmensa sombra desconocida, como si la tumba se les cerrase.

El doctor decía:

—Recemos.

Todos se arrodillaron, pero esta vez no se arrodillaron ya en la nieve, sino en el agua. Les quedaban pocos minutos de vida. Solo el doctor permanecía en pié. Los copos de nieve, parándose encima de él, le llenaban de lágrimas blancas y le hacían visible sobre el fondo de la oscuridad, como si fuese la estatua parlante de las tinieblas.

El doctor hizo la señal de la cruz y levantó la voz, mientras que sus piés comenzaban la oscilacion casi visible que anuncia el instante en que el barco vá á sumergirse.

—*Pater noster qui est in celis*, dijo.

El provenzal repitió en francés:

—*Nostre pere qui etes aux cieus.*

La irlandesa repitió en su lengua:

—*Ar nathair ata ar neamh.*

El doctor continuó:

—*Sanctificetur nonem tuum.*

—*Que votre nom soit sanctifié*, contestó

el provenzal.

—*Naonahthar haimn*, dijo la irlandesa.

—*Adveniat regnum tuum*, prosiguió el

doctor.

—*Que votre regne arrive*, dijo el

provenzal.

—*Tigeadh do rioghachd*, dijo la irlandesa.

A los arrodillados les llegaba el agua hasta la espalda.

El doctor repuso:

—*Fiat voluntas tua.*

—*Que votre volonte soit faite*, balbuceó

el provenzal.

La irlandesa y la vascongada lanzaron un grito.

—*Deuntar do thoil ar au thamb!*

—*Sicut in celo et in terra*, continuó el

doctor.

Pero no le respondió ya ninguna voz.

El doctor bajó los ojos. Sus compañeros

todos estaban debajo del agua, se habían dejado ahogar de rodillas.

El doctor cogió con la mano derecha

la calabaza y la levantó por encima de

la cabeza.

Los restos de la urca se acabaron de

hundir. Al sumergirse, el doctor murmuraba el resto de la oracion. Su busto

permaneció un minuto fuera del agua; después solo se vió su cabeza, y por fin solo ya el brazo levantado, que sostenía la calabaza, como enseñándosela al infinito.

El brazo desapareció. La mar no presentaba el más ligero pliegue; estaba como un tonel de aceite. La nieve continuaba cayendo.

Algo que sobrenadaba se deslizaba por la superficie del mar, en medio de la sombra: era la alquitranada calabaza, que su armaron de mimbres sostenía.

LIBRO TERCERO

El niño en la oscuridad.

I.

El Chess-Hill.

La tempestad no era menos intensa en la tierra que en el mar; su desencadenamiento fué tambien feroz alrededor del niño. El débil y el inocente son atacados, como el criminal y el fuerte, por el derroche inconsciente de las fuerzas ciegas, que no conocen la clemencia. El viento apenas agitaba la tierra; el frío tenia no sé qué de inmóvil; no caía granizo, pero sí nieve, y espesamente. El granizo ensordece, hiere, estrella y mata, pero los copos de nieve son peores; el copo cae con suavidad y trabaja en silencio; si se le toca se deshace; es puro como el hipócrita es cándido; con sus leves blancuras superpuestas, el copo llega á formar la avalancha, como el hombre falaz llega al crimen.

El niño continuó avanzando entre la niebla. La niebla es un obstáculo blando, y de esto nacen sus peligros; cede y persiste; la nieve como la niebla son traidoras. El niño, extraño luchador en medio de tantos riesgos, consiguió ganar la parte baja de la pendiente y entró en el Chess-Hill. Estaba, sin saberlo, en un istmo, teniendo á las dos partes el Océano y no pudiendo equivocarse el camino, de noche y entre la bruma y la nieve, sin caer, por la derecha en el agua profunda del golfo, y por la izquierda en las olas violentas de alta mar. Ignoraba que andaba entre dos abismos.

El istmo de Portland era en esta época singularmente áspero y rudo; hoy ya no conserva su antigua configuracion.

Desde que se tuvo la idea de explotar las piedras de Portland como cemento romano, las rocas sufrieron un retoque que las hizo perder el aspecto primitivo. Se encuentran aun allí la calcárea lian-cha, el schiste y la losilla, saliendo de los bancos de piedra; pero la azada ha roto y nivelado los pitones erizados y escabrosos donde se posaban las terribles asifragas (1). No existen ya las cumbres ricasas y puntiagudas. En vano se buscará hoy allí el alto monolito llamado Godolfin, palabra gala, que significa *águila blanca*. Se recogen aun en el verano, en terrenos agujereados como las esponjas, el romero, el poleo, el hinojo de mar, que puesto en infusion es un buen cordial, y esa yerba llena de nudos que sale de la arena y de la que se hace estera; pero ya no se recoge allí ni el ámbar gris, ni el estaño negro, ni la especie triple de pizarra verde, azul y de color de hojas de salvia. Han desaparecido de allí los zorros, los tejones, las nútrias y las martas; en las escarpaduras de Portland, como en la punta de Cornoailles, habia gamos, pero tampoco ya los hay. Se pesca allí todavía en ciertos sitios plati-
jas y otros peces; pero los salmones, enfurcidos, se han ausentado de allí. Ya no se ven, como en el reinado de Isabel, aquellos antiguos pájaros desconocidos, grandes como gavilanes, que partían una manzana por el medio y solo comían pepinos. Ya no se ven aquellas cornejas de pico amarillo, que tenían la malicia de arrojar sobre los techos de las cabañas sarmientos encendidos. Ya no se vé al pájaro brujo, emigrado del archipiélago de Escocia, que arrojaba por el pico un aceite que los insulares quemaban en sus lámparas. La marea ya no arroja allí entre sus arenas al otario, que tiene las orejas rolladas, las muelas puntiagudas y que se arrastra sobre patas sin uñas. En el Portland de hoy, desconocido, no existen ruiseñores, porque carece de bosques, y se han ausentado tambien los halcones, los cisnes y las ocas de mar.

El Chess-Hill de hoy en nada se parece al Chess-Hill antiguo: tanto lo han trastornado el hombre y los furiosos vientos de los Sorlingues, que roen hasta las piedras.

Hoy día esta lengua de tierra tiene un *railway* que desemboca en un hermoso tablero de casas nuevas que se llama Chesilton, en el que hay una *Portland-*

(1) Especie de águilas.

Station. Los wagones ruedan hoy por donde ayer saltaban las focas.

El istmo de Portland era, hace doscientos años, una espalda de asno de arena con la espina vertebral de rocas.

El peligro para el niño cambió de forma: lo que debió temer en el descenso era rodar hasta lo hondo, pero en el istmo debía temer caer en las aberturas; después del peligro del precipicio le quedaba el del hundimiento. Todo son abrojos á la orilla del mar. La roca se resbala y la greda es movediza y los puntos de apoyo son celadas. Se vá por allí como se vá sobre vidrios; todo puede bruscamente quebrarse bajo vuestras plantas, formando hendiduras que os sorben. El Océano tiene tres fosos como un teatro de buena maquinaria.

Las largas espinas de granito, á las que se pega la doble vertiente de un istmo, son difíciles de abordar. Se encuentra en ellas con dificultad lo que en lenguaje teatral se llaman vias practicables. El hombre no debe esperar hospitalidad del Océano, pero menos de las rocas que de las olas; solo provee el mar á las aves y á los peces. Los istmos, en particular, están desnudos y erizados; las olas, que los gastan y los minan por las dos partes, los reducen á su más simple expresión. Por todas partes tienen relieves cortados, crestas, sierras, terribles andrajos de piedra rotos. El que franquea un istmo encuentra á cada paso bloques deformes, grandes como casas en figura de tibias, de omóplatos, de fémurs, anatomía terrible de las rocas desolladas. El peon sale como puede de esa confusión de ruinas; caminar al través de la osamenta de un inmenso esqueleto es casi casi su tarea. Entregad, pues, á un niño á esos trabajos de Hércules.

De día menos mal, pero de noche era preciso un guía, y el pobre chico estaba solo; todo el vigor del hombre se necesitaba, y solo podía contar con la debilidad de la niñez. A falta de guía, un sendero le hubiese ayudado, pero tampoco había sendero.

Por instinto evitaba la cadena aguda de las rocas y seguía por la playa siempre que podía, y en ella encontraba los terrenos pantanosos; éstos se multiplicaban ante él bajo tres formas: el pantano de agua, el de nieve y el de arena; éste es el más terrible.

Alarma conocer el peligro que se afronta, pero ignorarlo es mucho peor. El niño combatía contra un peligro desconocido. Iba tentando algo que podría

ser quizás su tumba, pero no titubeaba. Daba la vuelta á las rocas, evitaba las hendiduras, sufría los obstáculos y huía de los pantanos. No pudiendo ir en derechura, andaba con firmeza.

Cuando era preciso retrocedía con energía, se apartaba á tiempo de la viscosidad terrible de las arenas movedizas. Se sacudía la nieve que le caía encima; alguna vez se metió en agua hasta las rodillas: al salir del agua, el viento profundo de la noche secaba en seguida sus harapos. Tuvo, sin embargo, la precaución de conservar seco y caliente sobre el pecho su chaqueton de marinero. Continuaba teniendo mucha hambre.

Las aventuras del abismo no se limitan en ningun sentido; todo es posible en ellas; hasta salvarse: la salida es invisible, pero se puede encontrar. Cómo el niño envuelto en opresora espiral de nieve, perdido en el camino entre las dos bocas del abismo y en la oscuridad, pudo conseguir atravesar el istmo, él mismo no sabría decirlo. Se deslizó, trepó, rodó, andó, perseveró, y hé aquí todo lo que hizo. Este es el secreto de todos los triunfos. Al cabo de poco menos de una hora conoció que el suelo subía y llegó á la otra parte; salió de Chess-Hill y entró en tierra firme.

El puente que une hoy día Sandford-Cas á Smallmouth-Sand no existía en esta época. Es probable que tanteando el niño subiese hasta encontrarse frente á frente con Wike Regis, donde entonces había una lengua de arena, verdadera calzada natural, que atravesaba el East-Fleet.

Se salvó del abismo, pero se encontró faz á faz con la tempestad, con el invierno y con la noche.

Delante de él se desarrollaba otra vez la sombría inmensidad de las llanuras, y miró hácia tierra, buscando un sendero.

De repente se inclinó al suelo: acababa de percibir entre la nieve algo que le pareció una huella; en efecto, era la marca de un pié; la blancura de la nieve la recortaba con limpieza y la hacía visible. El niño la examinó. Era la huella de un pié desnudo, más pequeño que el del hombre y más grande que el de un niño. Probablemente era de mujer.

Más allá de esta huella había otra, después otra, y luego las huellas se sucedían á la distancia de un paso y se hundían en la llanura hácia la derecha; estaban frescas aun y algo cubiertas de

nieve. Una mujer acababa de pasar por allí.

Esta mujer, andando, llevaba la misma dirección que el humo que antes viera el niño; éste, fijando la vista en las huellas, siguió el camino que le marcaban.

II.

Efecto de la nieve.

Seguía mucho tiempo la pista de las huellas; por desgracia, éstas iban siendo cada vez más confusas. La nieve caía densa y seguida. En este momento la urca agonizaba, muriendo, oprimida por el peso de la nieve, en alta mar.

El niño, perdido como el navío, pero de otra manera; no teniendo, en el intricable entrecruzamiento de oscuridades que se levantaban ante él, otro recurso que dicho pié marcado en la nieve, se asía á él como al hilo del dédalo.

De repente las huellas se borraron y todo quedó llano, unido, raso, sin una mancha ni un detalle. No quedó más que un paño blanco extendido en la tierra y un paño negro extendido en el cielo. Como si la transeunte se hubiera volado.

El niño, no sabiendo qué hacer, se inclinó y buscó, pero en vano.

Al levantar la cabeza experimentó la sensación de oír algo indistinto, pero que no estaba seguro de oír; algo parecido á una voz, á un hálito, á una sombra; era más humano que bestial, más sepulcral que vivo; era un ruido soñado.

Miró y no vió nada.

La inmensa soledad, desnuda y livida, estaba solo delante de él.

Escuchó. Lo que creyó oír se había disipado. Quizás no había oído nada. Escuchó otra vez... Nada... el mismo silencio.

Era una ilusión que le hizo formar la bruma. Echó á andar á la ventura, no teniendo ya la huella por guía.

Se alejó un poco y el ruido empezó otra vez. Ahora ya no dudaba. Lo que oía era un gemido, casi un sollozo.

Se volvió hácia donde sonaba; paseó la vista por el espacio nocturno y no vió nada.

El ruido se oyó de nuevo.

Si en el Limbo se puede gritar, allí deben gritar así.

Nada era tan penetrante, tan doloroso y al mismo tiempo tan débil como la voz

que oyó el niño, porque era una voz que nacía de una alma. Había palpitaciones en su murmullo y, sin embargo, parecía inconsciente. Era como un sufrimiento que llama, sin saber que sufre ni que llama; ese grito, primer soplo ó quizás último suspiro de la vida, estaba á igual distancia del estertor que termina la existencia que del vajido que la empieza. Oía el niño respirar, ahogarse y llorar. Súplica sombría en lo invisible.

El niño fijó la atención por todas partes, lejos, cerca, hácia arriba, hácia abajo. A nadie vió.

Volvió á escuchar y volvió á oír la misma voz, apercibiéndola distintamente; la voz tenía algo del balar del cordero.

El niño tuvo miedo y pensó en huir.

El gemido se repitió por cuarta vez; era triste y quejumbroso. Se conocía que después de ese esfuerzo supremo, más maquinal que voluntario, el grito se extinguiría probablemente; era una espirante reclamación instintivamente dirigida á la cantidad de socorro que está suspensa en la extensión; era no sé qué balbuceo de la agonía dirigido á la Providencia posible.

El niño avanzó hácia el lado en que sonaba la voz.

Nada veía, pero avanzó espiando.

El quejido continuaba. Era antes inarticulado y confuso y era ahora claro y vibrante. El niño estaba cerca de la voz. Pero la voz, dónde estaba?

El niño oía en el espacio el temblor de un quejido que pasaba por su lado, gemido humano que flotaba en lo invisible. Tal fué al menos su impresión, confusa, como la profunda niebla en que él se perdía.

Al vacilar el niño entre el instinto que le repelia de allí y el que le decía que permaneciese, distinguió entre la nieve y á sus piés, algunos pasos delante de él, una especie de ondulación, de la dimensión de un cuerpo humano, una pequeña eminencia, larga y estrecha, semejante á la hinchazón de una fosa; una especie de sepultura en un cementerio blanco.

Al mismo tiempo la voz gritó; esta voz salía de bajo. El niño se acurrucó ante la ondulación y con las dos manos comenzó á separar la nieve. A medida que lo conseguía vió modelarse una forma, y de pronto en sus manos, y en el hoyo que acababa de hacer, apareció una faz pálida.

No era ésta la que gritaba, porque te-

nia los ojos cerrados y la boca abierta, pero llena de nieve, y estaba inmóvil. Ni siquiera la hicieron menear las manos del niño; éste se estremeció al tocar aquel rostro frío. Era la cabeza de una mujer; sus cabellos esparcidos se mezclaban con la nieve. Aquella mujer estaba muerta.

El niño siguió escarbando la nieve. Se destacó el cuello de la muerta, después lo alto del torso, cuya carne se veía al través de los andrajos.

De repente el tacto del niño se encontró con un movimiento débil; era algo pequeño que estaba enterrado y que se movía. El niño separó la nieve con rapidez y descubrió un pequeño cuerpo, vivo aun y desnudo, sobre el desnudo seno de la muerta. Era una niña.

Estaba cubierta con unos cuantos harapos, y al forcejear se había salido de ellos; habían hecho fundir la nieve debajo de ella el esfuerzo de sus débiles miembros y su aliento vital. Una nodriza hubiese creído que tenía cinco ó seis meses, pero quizás tenía un año, porque en la miseria se crece poco y se tienen tendencias al raquitismo. Cuando la niña sintió que le daba el aire en la cara lanzó un grito, que era la continuación del sollozo de su agonía; preciso era que su madre estuviese muerta para no haberle oído.

El niño tomó en sus brazos á la niña.

La madre, que estaba yerta, presentaba aspecto siniestro; irradiación espectral despedía su rostro; la boca, abierta y sin hálito vital, parecía como que empezaba la respuesta, en la lengua confusa de las sombras, que iba á dar á las preguntas que se hacen á los muertos en lo invisible. Su fisonomía tenía la reverberación pálida de las llanuras heladas. Se veían sus cabellos oscuros, el fruncimiento casi indignado de las cejas, la nariz apretada, las pupilas cerradas, y desde el rincón de los ojos hasta el rincón de los labios un pliegue profundo causado por el llanto. La nieve prestaba cierta claridad á la muerta. La desnudez de sus pechos era patética; habían servido, habían sufrido la herida de dar la vida á otro sér, y la majestad maternal reemplazó en ellos á la pureza de los de la virgen. En el pezon de uno de ellos se quedó una perla blanca; era una gota de leche helada.

Digámoslo pronto; en las mismas llanuras que el niño perdido atravesó después, una mendiga, que daba el pecho

á su pequeña hija y buscaba también un refugio, se perdió hacia pocas horas. Transida de frío y de espanto, la hizo caer al suelo la tempestad y ya no pudo levantarse. La cubrió la avalancha, estrechó cuanto pudo su hija contra su pecho y espiró. La niña probó á mamar en el mármol; pero su boca, no pudiendo encontrar el seno, en el que la gota de leche robada por la muerte se heló, y estando acostumbrada á la cuna, pero no á la tumba, lanzó un grito. El niño oyó á la agonizante, la desenterró y la tomó en sus brazos.

La pequeñuela, en cuanto se vió cogida, cesó de gritar. Los rostros de los niños se tocaron, y los labios violáceos de ella se aproximaron á las mejillas de él como á una teta. La niña estaba ya en el momento en que la sangre, coagulada, vá á parar el corazón. Su madre le había comunicado ya algo de la muerte, y tenía los pies, las manos, los brazos y las rodillas paralizados por el hielo: el niño sintió el contacto de este frío horrible.

El niño tenía el chaqueton seco y caliente. Dejó un minuto á la niña sobre el seno de la madre, se quitó el chaqueton y envolvió á aquella; volvió á tomarla en brazos, y casi desnudo, recibiendo los espesos copos de nieve, emprendió el camino.

La pequeñuela, consiguiendo volver á encontrar la mejilla del niño, apoyó en ella la boca, y al ir adquiriendo calor, se quedó dormida. Así fué el primer beso de sus dos almas en las tinieblas.

La madre se quedó yaciendo allí, de espaldas sobre la nieve y con la cara hacia la noche. Pero en el momento en que el niño se desnudó para vestir á la pequeñuela, quizás desde el fondo del infinito la madre lo vió.

III.

No hay camino doloroso que no se complique con un peso.

Hacia ya más de cuatro horas que la barca se había alejado de la bahía de Portland, dejando al niño en la costa. Desde que estaba abandonado y que andaba perdido, solo había tenido tres encuentros de la sociedad humana, en la que acaso iba á entrar: el de un hombre, el de una mujer y el de una niña. Encontró al hombre ahorcado sobre una colina, á la mujer enterrada en la nieve y á la niña que llevaba en brazos pocos

El niño estaba extenuado de fatiga y de hambre.

Avanzaba más resuelto que nunca, con menos fuerzas y con un peso además. Estaba casi casi desnudo; los pocos andrajos que le quedaban se habían roto como vidrios y le escoriaban la piel. Se enfriaba, pero la pequeñuela se calentaba; lo que él perdía lo ganaba ella. Continuaba avanzando.

De vez en cuando, sosteniendo bien á la niña, se bajaba y con una mano cogía pedazos de nieve y se frotaba con ella los pies para impedir que se le helasen. Otros momentos, sintiendo fuego en la garganta, se metía nieve en la boca y la chupaba; esto engañaba su sed un minuto, pero luego tenía fiebre; este alivio acababa por ser una agravación.

La tormenta no cesaba de ser violenta; su paroxismo maltrataba el litoral al mismo tiempo que trastornaba el Océano; este era quizás el instante en que la urca perdida se dislocaba en la batalla que sostenía con los escollos.

El niño atravesó con fuerte viento largas superficies de nieve, andando siempre. No sabía en qué hora se encontraba. No había vuelto á ver humo. Estas indicaciones de la noche desaparecen con rapidez; por otra parte, debía ser ya la hora de haber apagado todos los fuegos, ó quizás estaba él equivocado y era posible que no hubiese ciudad ni aldea en la costa que él recorría. Aunque dudando, perseveraba en seguir su camino.

La pequeñuela lloró dos ó tres veces y el niño imprimía entonces á su paso el movimiento de la cuna; ella se apaciguaba y callaba, acabando por dormirse con profundo sueño. El niño tiritaba, pero sentía que la niña estaba ya caliente.

Apretaba con frecuencia los pliegues del chaqueton alrededor del cuello de la pequeñuela, para que no se le introdujese la nieve por ninguna parte.

La llanura presentaba ondulaciones: en los declives á los que descendía la nieve, que amasaba el viento en los pliegues que ofrecía el terreno, llegaba ésta á tal altura, que el niño se hundía en ella casi entero y tenía que andar semi-enterrado. Andaba rechazando la nieve con las rodillas.

Cuando pasó la hondura llegó á planicies que barria el viento, en las que la nieve era insignificante: en ellas encontró la escarcha.

El hálito tibio de la pequeñuela, ro-

zando sus mejillas, le calentaba un momento; pero cuando se paraba, la nieve helada convertía su cabello en un canelón.

Le asustaba una complicación terrible, la de poder caer al suelo, porque conocía que ya no podría levantarse. Estaba extenuado de fatiga y temía caer y ser enterrado en la nieve, como la mujer que encontró muerta. Había sorteado las pendientes de los precipicios y había escapado con vida; había sorteado las hendiduras y los pantanos, y había salido de ellos; pero ahora una simple caída le iba á causar la muerte, un paso dado en falso podría abrirle la tumba. No podía resbalar, porque le sería acaso imposible ponerse erguido otra vez, y esto era allí muy fácil.

La pequeñuela le dificultaba mucho el andar; no solo era para él un peso excesivo, por su laxitud y su agotamiento de fuerzas, sino también un embarazo; él ocupaba los dos brazos, y para el que camina sobre la escarcha, los brazos son un balancin natural y necesario.

Se pasó, pues, sin este balancin, y andaba no sabiendo qué iba á ser de él, porque la pequeñuela era la gota que hacía desbordar el vaso de su agonía.

Avanzaba, oscilando á cada paso, como sobre un trampolin, y perfeccionando con las miradas milagros de equilibrio. Acaso le seguían en su via dolorosa dos ojos abiertos en la lontananza de la sombra: el ojo de la madre y el de Dios.

Vacilaba, se afirmaba y cuidaba de la niña, cubriéndola bien. El viento tenía la cobardía de empujarle con violencia, pero él hacía más camino del que necesitaba. Según todas las apariencias, se encontraba en las llanuras en que se estableció más tarde la Bincleaves Farn, que ahora están llenas de caserío y entonces eran eriales.

De repente se interrumpió la borrasca glacial, que cegaba al niño, y éste percibió á poca distancia un grupo de paredes y de chimeneas, que la nieve ponía de relieve, como silueta en contrario; vió una ciudad dibujada en blanco sobre el horizonte negro, algo semejante á lo que llamaríamos hoy una prueba negativa.

Techos, casas, refugios! El niño llegaba al término de su doloroso viaje y se sintió halagado por el inefable consuelo de la esperanza. Sintió una emoción parecida á la que debe experimentar el vigía de un navío que grita: Tierra! Apresuró el paso. Por fin iba

á ver hombres, iba á entrar en la morada de los vivos; no tenia ya nada que temer, y adquirió el calor súbito que se llama seguridad. Se concluyeron sus peligros: no debia ya temer ni la noche, ni el invierno, ni la tempestad. Creia que todo el mal posible se habia quedado ya detrás de él. La pequeñuela ya no le pesaba, y casi corria.

Fijaba en los techos las miradas, pareciéndole que la vida estaba en ellos. Esas eran sin duda las chimeneas cuyo humo distinguió desde lejos, pero ahora no lo arrojaban.

Se apresuró á llegar á esas habitaciones; por fin entró en el arrabal de la ciudad, que era una calle abierta. En esta época ya se habia perdido la costumbre de cerrar con cadenas las calles por la noche. En las dos casas primeras de la calle no se veia ni una vela, ni una lámpara, ni en toda la calle, ni en toda la ciudad, en cuanto alcanzaba la vista. La casa de la derecha, más que casa era una cabaña; las tapias eran de arcilla y el techo de paja, y tenia más rastros que paredes; una mata de ortigas, que nacia al pié de aquellas, llegaba hasta el borde del techo; esta casucha no tenia más que una puerta, que parecia una gatera, y una ventana, que era un tragaluz. Estaba todo cerrado, pero tenia al lado una pocilga habitada, lo que indicaba que la cabaña la habitaban tambien.

La casa de la izquierda era ancha y alta, toda de piedra y con el techo de pizarra; estaba cerrada, como la otra. El niño, sin titubear, se dirigió á la casa grande.

La puerta, de dos hojas, era un macizo tablero de encina, con gruesos clavos; una de aquellas puertas que tienen por detrás robusta armadura de barras y de cerrojos; un martillo de hierro pendia de ella. El niño levantó el martillo con mucho esfuerzo, por tener las manos hinchadas, y dió un golpe, pero no le contestaron.

Llamó por segunda vez, dando dos golpes, pero tampoco se movió nadie en la casa.

Llamó por tercera vez, y continuó el mismo silencio.

Comprendió el niño que estarían durmiendo, ó que no tenían ganas de levantarse.

Entonces se dirigió á la casa pobre. Tomó del suelo y de entre la nieve un tejo y lo lanzó á la puerta. Tampoco le respondieron.

Se alzó sobre la punta de los piés y tocó con la teja en la ventana, con bastante suavidad para no romper el vidrio, pero bastante fuerte para que le pudiesen oír. Pero no oyó ni voz, ni pasos, y no vió encenderse ninguna luz. Conoció que tampoco querian levantarse.

Estaban sordos para los pobres desgraciados lo mismo en el palacio que en la cabaña. El niño se decidió á ir más lejos y penetró en el estrecho de las casas que se prolongaba delante de él, tan oscuro, que más parecia la separación de dos montes que la entrada de una ciudad.

IV.

Otra forma del desierto.

Acababa de entrar en Weymouth. Weymouth no era entonces la honorable y soberbia ciudad de nuestros días; no tenia como hoy el irreprochable muelle rectilíneo, con una fonda y una estatua en honor de Jorge III, porque Jorge III no habia nacido aun; por esta razon no se dibujaba aun en el suelo, en la pendiente de la verde colina del Este, el caballo blanco, de una yugada de largo, el *White Horse*, montado por un rey, volviendo la cola hácia la ciudad, siempre en honor de Jorge III. Pero estos honores eran merecidos, porque el referido rey, por haber perdido en la vejez el talento que nunca tuvo en su juventud, no era responsable de las calamidades de su reinado, era un inocente; ¿y por qué levantarle estatuas?

Weymouth hace ciento ochenta años era poco simétrico.

El Astarot de las leyendas paseaba algunas veces por la tierra llevando á las espaldas una alforja, en la que habia un *totum revolutum*, hasta buenas mujeres de sus casas. Una confusión de baracas caídas del saco del diablo pueden dar una idea de lo que era el incorrecto Weymouth: además, en estas casuchas buenas mujeres, y como *specimen* de esas habitaciones, la casa de los Músicos.

Confusión de cuevas de madera, esculpidas y carcomidas, lo que es una segunda escultura; informes obras de albañilería, trémulas, por no estar hechas á plomo, algunas con pilares, apoyándose las unas con las otras, para no caer impulsadas por el viento del mar, dejando entre ellas el pequeño espacio que se exige de un camino tortuoso y torcido para callejuelas y callizos, inundados

con frecuencia por las mareas del equinoccio; amontonamiento de casas antiquísimas, agrupadas alrededor de una iglesia vieja, eso era Weymouth. Weymouth era una especie de antigua aldea normanda estrellada sobre la costa de Inglaterra.

El viajero que entraba en la taberna, convertida hoy en hotel, en vez de pagar régicamente veinticinco francos por un lenguado frito y una botella excelente, pasaba por la humillación de comer por dos *sous* una sopa de pescado, que, esto no obstante, estaba riquísima.

El niño, llevando en brazos á la pequeñuela, siguió la primera calle, luego la segunda y despues la tercera. Levantaba la vista buscando en todos los pisos un vidrio alumbrado, pero todo estaba apagado y cerrado aun. De vez en cuando llamaba á las puertas, pero nadie le respondia. Nada hace tener el corazón tan empedernido como encontrarse caliente entre dos sábanas. El ruido y las sacudidas que sufrió acabaron por despertar á la pequeñuela; el niño lo conoció al sentir que le tetaba la mejilla, pero ella no lloraba, creyendo estar con su madre.

Se arriesgó á dar la vuelta y á rodar largo tiempo, quizás por las intersecciones de las callejuelas de Scrambridge, en las que habia entonces más terrenos cultivados que casas, pero se metió oportunamente en un paso estrecho que aun existe hoy cerca de Trinity Schools; este paso le condujo á una playa, que era un rudimento de muelle con parapeto, y á su derecha distinguió un puente. Era el puente de la Wey, que unie á Weymouth con Melcomb-Regis, y por debajo de sus arcos se comunicaba Harbour con la Back-Water.

La aldea de Weymouth era entonces el arrabal de Melcomb-Regis, ciudad y puerto, pero en la actualidad Melcomb-Regis es solo una parroquia de Weymouth. La aldea absorbió á la ciudad; esta absorción se verificó por medio del puente. Los puentes son singulares aparatos de succión, que aspiran las poblaciones y consiguen á veces aumentar un cuartel de la ribera á expensas del que tienen enfrente.

El niño fué al puente, que en esa época ofrecia estrecho paso, pero cubierto de madera, y lo atravesó; gracias al techo del puente, en el piso no habia nieve; los piés desnudos del muchacho tuvieron un momento de bienestar mientras andaban sobre tablas secas.

Despues de pasar el puente se encontró el niño en Melcomb-Regis, en el que hay menos casas de madera que de piedra; esto no era ya un pueblo, era una hermosa ciudad. El puente desembocaba en la calle de Santo Tomás. La calle tenia buenos edificios y aquí y allá muchas tiendas. El muchacho, ya internado en ella, llamó á muchas puertas.

Pero en Melcomb-Regis, como en Weymouth, nadie se movia ni le contestaba. El niño errante sufria la presión indefinida de la ciudad dormida. Ese silencio de hormiguero, paralizado, produce el vértigo. Todos esos letargos confunden sus pesadillas y sale de los cuerpos humanos yacentes una humareda de sueños. El sueño tiene sombrías proximidades fuera de la vida; el pensamiento de los dormidos, descompuesto, flota por encima de ellos y se combina con lo posible que probablemente piensa tambien en el espacio. De aquí provienen los enredamientos. El delirio, que es una nube, superpone sus espesores y sus transparencias al espíritu, que es una estrella. En las pupilas cerradas, en las que la vision reemplazó á la vista, disgregación sepulcral de siluetas y de aspectos se dilata en lo impalpable.

Esparcimiento de existencias misteriosas se amalgama á nuestra vida por ese borde de la muerte que se llama sueño. En el aire se verifican esos entrelazamientos de larvas y de almas; hasta el que no duerme siente que pesa sobre él ese centro lleno de vida siniestra. El hombre despierto que camina á través de los fantasmas del sueño de los demás, atacando confusamente las formas pasajeras, tiene ó cree tener el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible, y siente á cada instante el choque oscuro de un encuentro inexpresable que se desvanece. Esto es lo que se llama tener miedo sin saber por qué: esto lo experimenta el hombre, pero el niño mucho más.

La incomodidad del sobresalto nocturno, aumentada por las casas-espectros, agravaba el conjunto lúgubre con que el niño luchaba.

Entró en Conycar Lane y apercibió al extremo de esta calle la Bach Water, que tomó por el Océano; no sabia ya por dónde estaba el mar: volvió atrás y despues torció á la izquierda por la calle de Maiden, y fué á parar á Saint-Albans-row.

Allí, al acaso, sin elegir, en las prime-